

Revoluciones de México. Una visión plebeya

FELICIANO GARCÍA AGUIRRE*

Porfirio Díaz, en 1910, trató reconvertir el centenario en oropel, columnas y bautizos, y le salió que el espíritu de Hidalgo y sus amigos se convertía en rebelión magonista, el alzamiento agrario zapatista y el sufragio efectivo maderista.

PACO IGNACIO TAIBO II**

LA REVOLUCIÓN MEXICANA ha sido un acontecimiento promi-
nente de la vida nacional, convertido en hito y canon historiográfico
co por mexicanos y extranjeros. Por su relevancia ha sido objeto de
una crecida literatura histórica, económica, política, artística. Considera-
mos, sin embargo, que a pesar de las abundantes producciones y análisis,
no se tiende a relacionar semejante acontecimiento con los procesos fun-
dacionales de la vida republicana y la construcción del Estado nacional
contemporáneo en México.

En los momentos actuales y motivados por la Conmemoración del
Bicentenario de nuestras independencias de España, vincularemos en
estas líneas las luchas y reivindicaciones revolucionarias de 1810 y 1910
con la experiencia mexicana contemporánea. Buscamos hallar en nuestras
prácticas e instituciones actuales huellas e influjos de procesos históricos
e historiográficos de largo aliento, que otorguen pistas de lo que ha sido
nuestra formación nacional y puedan orientar futuros promisorios.

* Dirigir correspondencia al Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, Centro, C.P. 91000, Xalapa, Veracruz, México, tel. fax: (01) (228) 8-12-47-19, e-mail: felixiano20@hotmail.com.

** Paco Ignacio Taibo II, "Regresa Hidalgo, se han vuelto locos", *La Jornada*, 2 de septiembre de 2009.

Como mexicanos esperamos que las actuales celebraciones, conmemoraciones, festejos y obligadas valoraciones de los bicentenarios y centenarios de las luchas independentistas y revolucionarias, puedan contribuir no sólo a rescatar nuestra memoria histórica, sino a valorar los enormes sacrificios de nuestros pueblos por encontrar su camino a la libre autodeterminación sin injerencias nocivas ni agresiones, en un marco de paz y democracia. En un momento en que radicalizar la democracia se ha convertido en urgencia y exigencia para nuestros pueblos.

LA TRAMA DE NUESTRAS EXPERIENCIAS

¿En qué momento de su historia México adquirió las características que tiene como Estado nacional republicano? ¿Qué tuvo que ver la Revolución mexicana con las luchas de Independencia, la Reforma liberal juarista, el Porfiriato, el Constituyente de 1917, la expropiación petrolera y el Estado contemporáneo mexicano? Todos estos cuestionamientos jalonan nuestras experiencias y nos explican por qué somos así y no de otra manera, pero a la vez obligan a preguntarnos: ¿podemos ser diferentes?, ¿otras sendas son posibles?, ¿cómo lograr un desarrollo social incluyente?

La Independencia, como sabemos, fue producto de la confluencia de varios acontecimientos históricos ocurridos en la metrópoli y sus colonias. Los intereses económicos revelaron posibilidades de liberación nacional tanto como se evidenciaron: las opresiones de que eran objeto los peones acasillados e indígenas atados a sistemas de endeudamiento por generaciones; la imposibilidad de los comerciantes criollos de acceder a mayores beneficios; la inconformidad de intelectuales, sectores religiosos, militares y burocracias ilustradas con el estado de cosas imperante: todos éstos grupos dijeron ¡ya basta!

Los símbolos de unidad nacional que arrojaron a todos estos grupos fueron religiosos, en tanto lentamente se perfilaban filiaciones e identidades de los heterogéneos grupos en pugna. Con ese barro se inició la revuelta, no había otro. Miguel Hidalgo y Costilla, Ignacio Allende, Juan Aldama, Josefa Ortiz de Domínguez, entre otros, dieron con el Grito de Dolores en septiembre de 1810 inicio a la revuelta que se produjo gracias a la crisis política vivida en la Nueva España desde 1808.

La lucha apenas iniciaba cuando el maltrecho ejército libertador fue vencido. El relevo casi inmediato lo realizó José María Morelos y Pavón, quien, tras organizar el Congreso de Chilpancingo, declaró constitucionalmente la independencia de México. La derrota de Morelos en 1815 provocó una guerra de guerrillas, donde se destacó la figura notable del liberal Vicente Guerrero, quien pactó con Iturbide el *Plan de las Tres Garantías* en 1821. El plan era un programa político cercano a liberales y conservadores, que aceptaba la independencia de España, un régimen monárquico constitucional y la exclusividad de la religión católica.

En mayo del siguiente año los simpatizantes conservadores de Iturbide armaron una revuelta militar que lo proclamó emperador bajo la sombra del Ejército Trigarante. No obstante el retroceso, el último reducto militar español abandonaría el fuerte San Juan de Ulúa frente al puerto de Veracruz hasta 1825. Tras muchas fricciones, España reconoció la independencia de México en 1836, al tiempo que liberales y conservadores iniciaban sus largas y prolongadas luchas por el predominio en el país.

Como buen conservador, Iturbide disolvió el Congreso al enfrentar la oposición republicana en 1822, encarcelando a varios diputados. Ese mismo año, Antonio López de Santa Ana, con el apoyo de Guadalupe Victoria, se levantó en armas a favor de la restauración de la vida republicana, declarando el *Plan de Veracruz* que desconocía a Iturbide. *Su Alteza Serenísima* (Iturbide) abdicó ante el Congreso que había disuelto debido a las presiones de sus opositores en 1823. Desterrado Iturbide y restaurado el Congreso, iniciaron las pugnas entre centralistas y federalistas, a los que se unió de inmediato Santa Ana.

Este controvertido personaje de la historia nacional inició de esa manera su presencia pública y política en el país. Sus ires y venires en torno a la presidencia del país no serían tan notorios si se les compara con su intervención en la llamada *cuestión texana* que conduciría a la pérdida de la mayor parte del territorio nacional mediante la firma del *Tratado Guadalupe Hidalgo* en 1848. El reparto del mundo había iniciado su marcha en Nuestra América, que para nosotros inauguraría el permanente conflicto en las relaciones con los Estados Unidos de Norteamérica.

La agitada década que va de la invasión y despojo norteamericano a la implantación de la Constitución liberal de 1857 agudizó el enfrenta-

miento entre conservadores y liberales. Entre éstos últimos (incluso los moderados) se consideraba importante reducir el poder económico y político de la Iglesia.

La Constitución del 57 recogió buena parte de las aspiraciones y necesidades liberales: significó la secularización de la vida nacional al dejar en manos del Estado el registro de nacimientos, defunciones y matrimonios dando origen al Registro Civil, así como la abolición de los fueros eclesiásticos: en fin, la organización de la civilidad como en ese tiempo era concebida. Los derechos civiles de los mexicanos se garantizaron, se prohibieron los títulos nobiliarios, se reafirmó la abolición de la esclavitud, se separó la educación de la religión, se eliminaron las alcabalas y la pena de muerte, así como el trato cruel e inhumano, permitiendo la libertad a cualquier esclavo que pisara territorio mexicano.

La perspectiva liberal de dicha Constitución fue reforzada con la llamada *Ley Lerdo* que autorizó la desamortización de los bienes eclesiásticos. La trascendencia de esta Ley estriba en que posibilitó que las tierras en manos muertas entraran a la circulación mercantil, lo cual propiciaba la compra-venta de las mismas en un primer momento.¹

Los enormes conflictos entre liberales y conservadores manifiestos por la legislación de 1857 motivaron la Guerra de Reforma, ganada por el grupo liberal en 1861. Éste es el proceso fundacional de la nación, también conocido como la Guerra de los Tres Años, que culminó con la entrada triunfante de Benito Juárez a la capital del país, después de su itinerante peregrinar defendiendo a la nación de la voracidad extranjera. En la ambición se encontraron: la pérdida de más de la mitad del territorio nacional debido al expansionismo norteamericano, iniciado en Texas bajo el signo del *Destino manifiesto*, cuando Antonio López de Santa Ana estaba al frente del gobierno; el derrocamiento del ejército francés en 1862, y el fusilamiento de Maximiliano, con lo cual se dio fin a la pretensión de establecer el Segundo Imperio en el México independiente.

¹ Miguel Lerdo de Tejada elaboró la *Ley de desamortización de fincas rústicas y urbanas de corporaciones civiles y religiosas de México* en 1856. Medio siglo más tarde, la original intención de la legislación derivó en concentración latifundista.

Vencidas esas asechanzas se reinició la vida republicana. Así, el territorio mexicano desde entonces conserva sus límites geográficos, se organizó en estados federados y se tuvo un *corpus* constitucional con el cual dirimir sus conflictos de clase. No obstante, se creaban las bases para la reproducción capitalista de manera ampliada.

Pero no serían los liberales de primera generación y espíritu emprendedor capitalista quienes completarían las tareas. Habrían de pasar algunos años para que se realizara el tendido de vías férreas, se impulsara la creación del empresariado nacional, se ofrecieran concesiones a los capitalistas nacionales y extranjeros y se impusieran férreos controles a todo género de protestas. Formas esclavizantes de explotación salvaje implementadas por liberales devenidos en conservadores echarían raíces durante el régimen de Porfirio Díaz.

Fue durante su largo mandato que la reorientación nacional tendría lugar, al pasar de la dependencia española a la anglosajona. Una mirada rápida de las rutas descritas por el sistema ferroviario revela que desde entonces la burguesía nacional pensaba que el destino nacional estaría norteado en el futuro. El único trazo en apariencia disonante parecía ser el del istmo de Tehuantepec, que unía a Coatzacoalcos en el Golfo de México con Salina Cruz en el Océano Pacífico. Éste, que era tan sólo uno de los rasgos del régimen porfiriano, se completaba con la penetración francesa e inglesa en la esfera de los negocios. La industria textil en manos de franceses llegaría incluso a controlar el sistema financiero, creando el Banco Nacional de México, y la siderurgia en el norte del país.

En un momento en que el proceso de acumulación mundial transitaba de los ferrocarriles y el transporte marítimo de gran calado hacia la explotación petrolera, el gobierno del general Díaz creía firmemente en sus posibilidades: mantener un sistema hacendario de grandes proporciones facilitador de la concentración de la tierra, un sistema monetario basado en el precio de la plata, una política de colonización de territorios poco poblados, así como el impulso a la migración europea a México de todo aquél que quisiera hacerlo. Su idea era *blanquear la raza*, siendo él de origen indígena, para “importar” el germen emprendedor empresarial. Lo insostenible del régimen se hizo patente dentro y fuera del país, y el extenso descontento popular iba prefigurando la transformación del *statu quo*.

El caldo de cultivo serían las ideas y resistencias incontables de textiles y mineros. Cananea en 1906 y Río Blanco en 1907 son el prelude de lo que sería la gran revuelta de 1910, cuando el descontento generalizado de obreros que habían sufrido las consecuencias de oponerse a la explotación, los campesinos despojados de sus tierras y todos los afectados por la dictadura porfirista hicieron suya la consigna de Francisco I. Madero, *Sufragio efectivo, no reelección*, que ahora pensamos convocó a la lucha revolucionaria, al lado de otras voces como la de los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, cuya labor periodística e impulso a la formación de un partido político recibió apoyo del propio Madero. El Plan de San Luis, elaborado por Madero, es una ejemplar pieza convocante a la rebelión por su carácter sintetizador de aquel momento. Reproducir algunas de sus partes es toda una tentación, la sola justificación de su llamado a la revolución el 20 de noviembre de 1910, revelaba su innegable perfil liberal tanto como ahora su actualidad diagnóstica:

Manifiesto a la nación

Los pueblos, en su esfuerzo constante porque triunfen los ideales de libertad y justicia, se ven precisados en determinados momentos históricos a realizar los mayores sacrificios.

Nuestra querida patria ha llegado a uno de esos momentos: una tiranía que los mexicanos no estábamos acostumbrados a sufrir, desde que conquistamos nuestra independencia, nos oprime de tal manera que ha llegado a hacerse intolerable. En cambio de esa tiranía se nos ofrece la paz, pero esa paz es vergonzosa para el Pueblo Mexicano, porque no tiene por base el derecho, sino la fuerza; porque no tiene por objeto el engrandecimiento y prosperidad de la patria, sino enriquecer a un pequeño grupo que abusando de su influencia, ha convertido los puestos públicos en fuentes de beneficio exclusivamente personales, explotando sin escrúpulos todas las concesiones y contratos lucrativos.

Tanto el poder Legislativo como el Judicial están completamente supeditados al Ejecutivo, la división de los Poderes, la soberanía de los Estados, la libertad de los Ayuntamientos y los derechos del ciudadano, sólo existen escritos en nuestra Carta Magna; pero de hecho, en México casi puedo decir que reina la Ley Marcial; la justicia, en vez de impartir su protección al débil, sólo sirve para legalizar los despojos que comete el fuerte [...]

Éste es el inicio del llamado *Plan de San Luis*, escrito y difundido en todo el país incitando a la lucha armada revolucionaria en 1910. En él Madero expresó la famosa frase que se convirtió en bandera de los revolucionarios liberales.² Su demanda no desaparecería durante los siguientes años, ni con las campañas de Villa y Zapata.

Madero se lanzó como candidato a la Presidencia de la República con el Partido Nacional Antirreleccionista. Ganó las elecciones a Porfirio Díaz, por lo que fue encarcelado en San Luis Potosí, de donde se fugó y llamó a la sublevación nacional el 20 de noviembre de 1910. El llamado fue recogido en el norte del país por Francisco Villa y Pascual Orozco y en el sur se sublevó Emiliano Zapata. En agosto de 1911 Madero organizó el Partido Constitucional Progresista que propuso al propio Madero y a José María Pino Suárez para presidente y vicepresidente de México, respectivamente, asumiendo sus cargos en noviembre de ese año. En 1913 fueron víctimas de un golpe de Estado y murieron asesinados a manos de generales porfiristas: Bernardo Reyes, Manuel Mondragón, Félix Díaz y Victoriano Huerta, alentados por Henry Lane Wilson, embajador norteamericano en México. Ese momento se conoce como *La Decena Trágica*, a partir de la cual Villa y Emiliano Zapata combatieron al usurpador Victoriano Huerta, quien desde su llegada al poder en 1913 fue desconocido por Venustiano Carranza, electo presidente por el Poder Legislativo en 1917 y depuesto y asesinado en 1920.

Las demandas sociales de las facciones distintas que pelearon en la Revolución se plasmaron en la Constitución de 1917, cuyos contenidos en esencia se parecen a la Constitución juarista de 1857, con la diferencia de que recoge la demanda zapatista de que *la tierra es de quien la trabaja* y transforma los recursos del suelo y subsuelo en propiedad exclusiva del Estado nacional.

Después de la lucha revolucionaria de 1910 se visibilizaron dos procesos históricos que estarían en juego durante todo un siglo: la objetualidad de los recursos naturales y el imperativo de abrir espacios a

² En 1908 Madero publicó *La Sucesión Presidencial en 1910*, y un año más tarde formó el Partido Nacional Antirreleccionista.

la reproducción ampliada del capital³ nacional y extranjero. Estos procesos se relacionan con la propiedad privada de los recursos naturales y la sucesión de fenómenos políticos que aparecerán vinculados hasta el presente por obra y gracia de los gobiernos neoliberales, modernos y progresistas. Pero también con la apertura de espacios al capital, lo que se tradujo desde el siglo XIX en el desalojo de la población de sus territorios y en la exclusión de los beneficios logrados por la explotación de los recursos naturales.

ESPACIOS PARA EL CAPITAL

La continuidad histórica desde la Independencia, pasando por la Revolución mexicana es a todas luces un proceso que configura la dominación del pensamiento liberal, amante del progreso y la modernización capitalista. Uno de los fenómenos que mejor ilustra esta afirmación es la lucha por la tierra, que se trata en realidad de la apropiación privada de los recursos naturales como el agua, minerales, áreas de cultivo, áreas urbanas y recreación sociocultural.

Durante todo el periodo colonial la Iglesia se fue convirtiendo en el principal poder económico de la Nueva España, poseedor de la mayor cantidad de propiedades rurales y urbanas. Este proceso de apropiación redujo espacios a las ambiciones expansionistas de los comerciantes, mineros y militares que habían logrado cierto tipo de acumulación. Situación que pudo modificarse concluida la lucha por la independencia de España, justamente con las Leyes de Reforma, pero especialmente con la Ley de desamortización de los bienes de la Iglesia. Ello permitió

³ Concepto heredado de la economía política que refiere a las formas asumidas por la organización capitalista convertida en sistema, que garantizan su reproducción. La reproducción ampliada del capital se expande en términos llanos mediante los procesos de trabajo efectuados en cada fábrica, el campo, la minería, el sistema de transporte, en la organización de los servicios, etc., que buscan obtener máximas ganancias por cada unidad de dinero invertida. Se asume en esta perspectiva que los trabajadores del campo y la ciudad, los servicios y las fábricas o minas, adelantan con su fuerza de trabajo créditos al capital condensados en las mercancías y servicios, así como en rentas a sus representantes: los capitalistas. El mecanismo se ha normalizado tanto que los trabajadores cobran generalmente sus ingresos a la semana siguiente de haber trabajado. Este aspecto técnico característico de la organización capitalista adquiere rasgos peculiares en cada tiempo y lugar, pues el trabajo suele ser pagado por obra determinada o por jornada laboral.

que estos bienes circularan como mercancías en el incipiente mercado de tierras mexicano. Éste fue uno de los momentos claves en dirección de la reproducción ampliada del capital, durante el cual propietarios norteamericanos adquirieron tierras en el istmo de Tehuantepec, obligando la firma del Tratado McLane-Ocampo en 1859. Con él los Estados Unidos aseguraban el libre tránsito interoceánico para sus mercancías a través de la cintura mexicana, interesante antecedente de lo que viviríamos los mexicanos durante el siguiente siglo.

El otro momento histórico importante tuvo lugar durante el Porfiriato, momento en el cual la concentración de la tierra llegó a tener dimensiones escandalosas con la formación de latifundios. El medio para lograrlo fue la labor encomendada a las compañías deslindadoras, principalmente extranjeras, que de paso escudriñaron el territorio nacional en busca de recursos naturales importantes como el petróleo.⁴ La concentración de tierras en unas cuantas manos fue uno de los detonantes de la lucha armada de 1910 sin lugar a dudas. La apertura económica deseada por los liberales porfiristas alimentó la concentración de la riqueza y el poder, de esa manera lo que se pretendió promover, la libre circulación de tierras, cancelaba los espacios que reclamaba el propio proceso de acumulación y de paso las virtudes exaltadas por las Leyes de Reforma.

La lucha armada revolucionaria de 1910, por su parte, fijó objetivos viables: justicia y libertad para todos. Entendidos éstos como la eliminación de las formas esclavizantes de explotación y el reparto de la tierra concentrada en unas cuantas manos —convertida ésta en una obsesión popular—. Poseer un pedazo de tierra era asegurar las mínimas condiciones de subsistencia cuando las mayorías despojadas vivían en y para el campo.

⁴ Las compañías deslindadoras fueron utilizadas para medir y delimitar las tierras propiedad de la nación, a la par que despojaban a todos aquellos pueblos que ni siquiera estaban en condiciones de enterarse. Con lo cual se otorgaron concesiones al tendido de vías férreas, construcciones urbanas, muelles, etcétera, que de paso permitieron ubicar yacimientos petroleros, por ejemplo en la Huasteca y en el Istmo de Tehuantepec. Dos lugares que serían después testigos de migraciones internas e internacionales, así como de daños al medio ambiente de gran calado. Un ejemplo de lo que estamos afirmando es el tendido de vías férreas en San Luis Potosí con un ramal en dirección de Tampico, Tamaulipas, en donde salían los mayores embarques de petróleo extraído en campos como el Ebano. Estos territorios posteriormente se sumaron a la llamada Faja de Oro, ubicada al norte de Veracruz, en los campos de Poza Rica, Cerro Azul, Naranjos, Potrero del Llano, Tuxpan, Álamo, Castillo de Teayo, etcétera.

México era entonces predominantemente agropecuario y forestal, en tanto que las rutas de la acumulación de capital probaban suerte ya con la extracción del petróleo como principal fuente energética para el sistema. Una vez más la burguesía nacional volvía a equivocarse, pues ni los textiles ni los ferrocarriles guiarían en el futuro el proceso de acumulación. No obstante, en algo tenían razón los porfiristas y sus descendientes: las finanzas podrían llegar a ser su gran bastión. El capital nacional probó posibilidades con lo que convertiría en la más extensa de sus herencias culturales: el rentismo. Un rentismo, que dicho sea de paso, se practicaba *in extenso* desde los años de la Colonia, prosiguió durante el Porfiriato, la Revolución de 1910 y continuó hasta el presente de la mano de los grupos de empresarios y financieros.⁵

El triunfo del Constituyente de 1917 encabezado por Venustiano Carranza, tuvo como resultante un gobierno presa de ambiciones, corruptelas y saqueos enormes que crearon con sus prácticas en el habla popular un verbo hasta entonces desconocido por la lengua española —pero que ahora es claro para la mayoría de mexicanos— y que hace alusión al latrocinio descarado y desmedido: se trata del verbo *carrancear*.

La complementariedad historiográfica se abre paso entre el breñal de la confusión. En su obra *La revolución interrumpida*, Adolfo Gilly nos obsequió una interpretación clave para la comprensión de los acontecimientos históricos posrevolucionarios característicos de las décadas siguientes:

La vieja norma de la transformación del poder en propiedad se constituyó en la regla de oro para los gobernantes posrevolucionarios. El obregonismo fue el modelo al cual quedaron atados los posteriores gobiernos de la burguesía mexicana. Subordinaron a las masas al aparato estatal, pero nunca pudieron aplastarlos o desorganizarlos.

⁵ La renta capitalista no sólo se ha obtenido en la renta de la tierra, su más destacado emblema, sino que ha hecho gala de creatividad de la mano de las concesiones. Durante la Colonia y el Porfiriato la renta de la tierra fue práctica común entre campesinos con o sin tierra, parias y peones acasillados, que como mano de obra esclava pagaban sus rentas atadas a la venta de mercancías a precios de usura. Con ello las deudas se adquirirían por generaciones. Pese a la lucha armada de 1910 y el reparto agrario, el mecanismo de creación y cobros de rentas no se detuvo, se extendió primero a los terrenos del crédito bancario y los seguros. Posteriormente, en pleno periodo posrevolucionario, el proceso continuó llegando a su punto culminante durante el neoliberalismo, en donde las rentas ahora son obtenidas del petróleo, gas, agua, aire en la generación de energía eléctrica, paisajes en ambientes urbanos y naturales turísticos, medios de comunicación —principalmente telefonía, televisión e Internet— y registros culturales diversos.

Debieron permitir su organización para poder controlarlos, pero al mismo tiempo tuvieron que depender de su apoyo. Nunca pudieron desprenderse del todo de la revolución. Tuvieron que seguir hablando a nombre de ella como la fuente primigenia de la legitimación de su Estado y sus sucesivos gobiernos.

La revolución terminada en 1920 se convirtió desde entonces en la propaganda oficial, una revolución ininterrumpida bajo la dirección del Estado mexicano; y en los hechos prácticos en una revolución estrangulada por ese mismo Estado.

Las fuerzas políticas dominantes eran desde entonces el ejército, el clero, los latifundistas, los empresarios nacionales y extranjeros. Pablo González Casanova consignó de manera impecable la situación política de esos años:

Un geografía de la política en México durante la década de los veinte habría incluido a todos los estados de la república entre aquellos gobernados por caudillos y caciques regionales. Los caudillos, con sus huestes armadas, más o menos obedientes y leales al jefe revolucionario, y los caciques de los pueblos y regiones, supérstites de la colonia y la época prehispánica, que en persona eran los mismos del porfirismo, o habían sido sustituidos en las mismas funciones por los nuevos hombres de la revolución, dominaban todo el panorama nacional. Incluso a principios de los treinta el poderío del caciquismo era todavía enorme [...] ⁶

Los proyectos en pugna se transformaron sin cambio de signo, y los caudillos de la Revolución trataron de establecer de una vez por todas la ruta futura. En ese contexto, dos facciones encontradas se abrirían camino sin excluirse del todo: por un lado, los que pugnaban por la vía *farmer* al estilo norteamericano, caracterizado por grandes extensiones de tierra que pudieran asimilar mayores dosis de tecnología por unidad territorial en la producción de alimentos, y por el otro, aquéllos que veían en la vía ejidal la forma de hacer resurgir de sus cenizas al México profundo, que podía —o no— usar el mismo paquete tecnológico. La pregunta era saber cuándo y cómo

⁶ GONZÁLEZ CASANOVA, 1965, p. 46. *La democracia en México* de González Casanova, uno de los científicos sociales mexicanos más notables de nuestros tiempos, es, sin duda, una de las valoraciones mejor logradas del desarrollo nacional desde una perspectiva consecuente. Su enfoque sociológico y político abarca un periodo que se extiende de los años veinte hasta los sesenta del siglo pasado; su estudio, por tanto, es imprescindible para la comprensión de los complejos problemas nacionales, las continuidades y rupturas de regímenes que hasta los años cincuenta fueron dominados por militares, pero que para los años sesenta revelaban con toda claridad el cambio de la dependencia de México, cuando la presencia norteamericana era dominante en casi todos los aspectos de la vida nacional.

llegarían tales medios a una población campesina desinformada. Esta pugna pudo decidirse en parte hasta la llegada de Lázaro Cárdenas a la Presidencia de la República durante el periodo 1934-1940. En ese momento los caudillos emblemáticos, como Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, dejaron de intervenir en los asuntos públicos no por gusto. Aunque la opción oficial favoreció al ejido, la vía *farmer* no fue del todo abandonada.

Cárdenas prefirió la vía ejidal como medio para asegurar justicia social a las masas campesinas, en un momento histórico en el cual la crisis de 1929 había dejado secuelas en la economía nacional. Las compañías petroleras extraían petróleo en el norte de Veracruz y San Luis Potosí con gran evasión fiscal, se prefiguraban los vientos de guerra en Europa e internamente se creaban las condiciones para la construcción de un partido político de respaldo a las políticas cardenistas: el Partido de la Revolución Mexicana (1938), compuesto por los sectores campesino, obrero, popular y militar.⁷ Ello facilitaría el reparto agrario, la expropiación petrolera mediante la compra de los activos de todas las empresas extranjeras dedicadas a la extracción del petróleo, completar la nacionalización de los ferrocarriles, así como la creación de instituciones todavía vigentes en el México contemporáneo.

Ante las ingentes necesidades nacionales no se modificaron las nociones del uso de los recursos naturales. La naturaleza era vista como se le concebía entonces, es decir, como una enorme despensa de la cual se podían extraer sus frutos mediante el trabajo. Aguas, tierras y subsuelo debían de aprovecharse para aumentar la producción y la riqueza guiados por políticas públicas garantes del bienestar social. Fortalecer al empresariado nacional, el mercado interno y una vida institucional capaz de concretar los preceptos revolucionarios vertidos en la Constitución de 1917, se convertiría en la consigna durante décadas. En ningún momento antes, durante y después del cardenismo se pensó en las consecuencias que dichos modelos tendrían en los ciclos naturales. Los desastres y daños ambientales crecieron como la hiedra en todas las direcciones del territorio nacional.

⁷ El Partido de la Revolución Mexicana (PRM) estuvo precedido de la creación, en 1929, del Partido Nacional Revolucionario (PNR) por parte del general Plutarco Elías Calles. Ambos fueron antecedentes de la creación, en 1946, del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

El modelo posrevolucionario entró en crisis hacia la sexta década del siglo XX. Los acontecimientos de 1968 marcarían con claridad el agotamiento de un modelo político económico incapaz de transformarse para volverse más incluyente. Los espacios al capital se volverían a abrir durante los mandatos presidenciales de: Manuel Ávila Camacho (1940-1946), Miguel Alemán Valdés (1946-1952), Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), Adolfo López Mateos (1958-1964) y Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). Modernizar la economía, controlando la influencia de los grandes sindicatos e incentivando la presencia de capitalistas extranjeros, se convertiría en una constante. El reparto de las tierras que se había realizado durante el cardenismo fue atemperado con la mediación de prácticas burocráticas corruptas y sumamente lentas; lo que en el papel existía no coincidía con la realidad.

El periodo de sustitución de importaciones se agotó una vez reconstruidos los países devastados por la Segunda Guerra Mundial. El capital nacional se tornó cada vez más rentista, y algunas ramas de la economía acentuaron su dependencia en un doble sentido: en la adquisición de tecnologías y como mercado para sus productos. El desarrollo de las fuerzas productivas tendió al estancamiento como fruto del enorme rezago nacional en materias educativa y de salud de las mayorías, aunado a las prácticas de un sindicalismo acomodaticio, corporativo y corrupto.⁸ A estas causales se sumaron el desinterés público y privado por invertir en el desarrollo de la ciencia y la tecnología.

Dos intentos posteriores se realizaron para adaptar al país a las condiciones imperantes tanto fuera como dentro del mismo, en un momento en el cual la dependencia de éste respecto de la economía y los intereses geopolíticos norteamericanos era incuestionable. Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982) intentaron reconstruir un Estado nacional *fuerte* con cierta capacidad de autodeterminación. La modernización económica y el progreso volvieron a ser bandera de sus iniciativas. El primero de ellos avanzó la reforma agraria —buscando la

⁸ La prolongada presencia de algunos líderes sindicales transformaron a las masas de trabajadores en proveedores de votos masivos del priísmo. Los otrora sindicatos mexicanos emblemáticos de las luchas obreras fraguaron una estela de ignominiosas prácticas y corruptelas sindicales, cuya expresión más clara fue el enriquecimiento ilícito de sus dirigentes. El caso más típico de todos es sin duda el de Fidel Velázquez, eterno líder de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), epítome de cinismo y corrupción.

independencia alimentaria—, fortaleció las instituciones de seguridad social, el consumo popular y el fondo para las vivienda de los trabajadores; creó leyes que ponían límites a la inversión extranjera directa, etc. El segundo, López Portillo, nacionalizó la banca y creó las condiciones para la reforma política. Ambos trataron de recuperar el legado constitucional de 1917 sin lograrlo del todo, pues las presiones a partidos distintos al PRI y las masacres perpetradas contra estudiantes, obreros y campesinos, los ataques a trabajadores de la salud y la educación, así como la persecución y muerte a grupos guerrilleros, todo ello creó fuertes resentimientos e inconformidades sociales que todavía claman justicia y enjuiciamiento por crímenes de lesa humanidad. Estas problemáticas en conjunto mostraban la incapacidad de un régimen para adaptarse a las reclamos populares que no parecían dar muestras de desmemoria ni conformismo.

Además de los gobiernos autoproclamados herederos de la Revolución, de filiación nacionalista, otra perspectiva la ofrecen los gobiernos neoliberales, mucho más proclives a aceptar sin rubor los dictados e instituciones de los gobiernos norteamericanos, así como la globalización neoliberal *norteeda*. El capital norteamericano fue por décadas simplemente dominante, por lo que dicho grupo político consideraba vanos los empeños por lograr una vida independiente de las injerencias internacionales en general y norteamericanas en particular. Con esa inspiración y aspiración política se denunciaron las prácticas corruptas sindicales y se justificaron los ataques a los sindicatos más poderosos, se criticó el paternalismo estatal, los sistemas de precios subsidiados, los monopolios estatales, etcétera, etcétera. Con lo cual se daba cabida a la aplicación del modelo neoliberal salido del *Consenso de Washington*.

La siguiente es la lista de los presidentes neoliberales: Miguel de la Madrid Hurtado (1982-1988), Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), Ernesto Zedillo Ponce de León (1994-2000), Vicente Fox Quesada (2000-2006) y Felipe Calderón Hinojosa (2006-). Inspirados en preceptos neoliberales cada uno completaría una *hoja de ruta* con efectos en casi todos los órdenes de la vida nacional. Al primero de ellos le tocaría sortear la crisis económica de los años ochenta con la cual justificó la privatización de la banca nacionalizada, creando con ello un lazo financiero muy estrecho con los intereses extranjeros: norteamericanos, españoles y europeos. Al segundo mandatario,

Salinas, le tocó avanzar el neoliberalismo en avalancha. Sus efectos privatizadores iniciaron modificando artículos claves de la Constitución como el 27, alusivo a la propiedad de la tierra. Del mismo modo afectó la línea de separación entre la petroquímica básica y secundaria para acotar las actividades de Petróleos Mexicanos (Pemex) y posibilitó la venta de empresas nacionales como Teléfonos de México (Telmex) y medios de comunicación en general. Firmó por la vía rápida el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá (TLCAN). Regresó fueros a la Iglesia católica, cuando desde la época de Juárez se había logrado distanciarla de la vida pública confinándola a las actividades del culto católico. Las fusiones empresariales serían uno de los mecanismos que permitieron —por la vía financiera— colocar a algunos empresarios mexicanos entre los más ricos del mundo. Con esos medios a su alcance, ahora los jefes católicos opinan y se inmiscuyen en los asuntos públicos y los empresarios recomiendan e imponen medidas de política económica. En realidad ni unos ni otros dejaron de hacerlo antes, aunque ahora la visibilidad es mayor; en el momento presente podemos observar a la Iglesia católica en la capacitación continua de los hijos de las elites, así como a los empresarios opinar abiertamente sobre cualquier tema de la agenda nacional en los privatizados medios de comunicación electrónica.

El intervencionismo de los gobiernos neoliberales ha vuelto a crear espacios al capital nacional e internacional con resultados nefastos. Sin embargo, para comprender tan sólo la trascendencia de sus decisiones en un aspecto de los muchos afectados —entre los que se incluyen la seguridad nacional, regional y hemisférica—, es necesario destacar cuáles han sido las implicaciones económicas y sociales de la modificación del mencionado artículo 27 constitucional.

La distribución de la tierra iniciada por lo regímenes posrevolucionarios, al paso de los años dejó casi la mitad de la tierra y los recursos naturales en manos de campesinos, que no podían vender ni comprar sus tierras dado que no eran enajenables, pero tampoco aprovecharlas intensivamente por carecer de medios indispensables para hacerlo.⁹ Ponerlas

⁹ Como se puede deducir, el problema ha sido enorme y ha afectado a cientos de miles de familias durante décadas. Las manifestaciones del fenómeno han sido extensamente analizadas y sería muy complicado tratarlo en pocas páginas. Los ángulos y puntos de vista adquieren rangos muy extensos, entre los cuales destaca la importancia de los sistemas tecnológicos empleados y el acceso a las fuentes de crédito, así como los niveles de

en circulación era ponerlas de nueva cuenta a disposición del capital. Con ello se abrió el acceso a recursos naturales inexplorados como playas, recursos bióticos, ampliación de áreas urbanas, aguas para el mercado, etc. Uno de sus efectos inmediatos fue acentuar los torrentes migratorios dentro y fuera del país, a la vez que creaba las condiciones para regresar a la concentración de las tierras en manos de empresarios. La vía *farmer* parece estar venciendo finalmente a la ejidal. El proceso revolucionario liberal que tanta sangre y sudor costó a generaciones enteras de mexicanos bajo la égida del capital y los gobiernos que bien le han servido, ha sido incapaz de detener los enormes retrocesos sociales.

El presidente Ernesto Zedillo, tercero de los neoliberales,¹⁰ continuó la venta de empresas estatales y paraestatales —privatizando durante su periodo más de quinientas—, entre ellas Ferrocarriles Nacionales de México (FNM). Modificó los límites del mar territorial en el Golfo de México mediante la firma de un tratado —promovido por el gobierno norteamericano de Bill Clinton—, con lo cual las empresas norteamericanas tuvieron acceso a la extracción de petróleo en aguas profundas en la región del Hoyo de Dona, seguramente como pago al rescate financiero norteamericano de que fuera objeto nuestro país al término del gobierno de Carlos Salinas en 1994. En ese año entró en vigor el TLCAN y se lanzó desde la Florida la iniciativa de los tratados de libre comercio para todo el continente: ALCA. Con Zedillo se amplió la privatización de la educación a todos los niveles y se creó un sistema de evaluación privado de la educación pública.¹¹ En 1994 el Ejército Zapatista de Liberación Nacional

escolaridad del campesinado. En todos los casos y dependiendo de la región, las vías *farmer* y ejidal volverán a mostrarse con tanta fuerza como lo hicieron en el momento en que las clases políticas decidieron el rumbo. Apoyar a una significó en términos reales cancelar o simular los apoyos a la otra. En suma: el sistema nacional de propiedad de la tierra queda integrado por ejidatarios, comuneros, pequeños y grandes propietarios privados.

¹⁰ Es importante en este caso recordar que dicho presidente de la república, último de los candidatos priístas del siglo XX, accede a la candidatura después del asesinato del entonces candidato oficial del PRI Luis Donaldo Colosio. El tenso clima político en medio de la crisis económica nacional, prefiguraba escenarios sumamente complicados relacionados con las posibilidades de estallidos sociales de consecuencias impredecibles. El voto del miedo, como se le calificara entonces, hizo posible el triunfo del PRI logrando una transición al poder normalizado del México de esos días.

¹¹ El Centro Nacional de Evaluación de la Educación Superior (Ceneval) es la institución creada con la finalidad de evaluar la calidad de la educación superior en México en vías de su supuesta "mejora". Las características de esta controvertida empresa, creada durante la permanencia de Zedillo al frente de la

(EZLN) salió a la escena pública nacional e internacional declarándole la guerra al Ejército Mexicano. Salinas primero y posteriormente Zedillo ordenaron su persecución, misma que fue detenida por la gran movilización nacional e internacional de la población civil en favor del EZLN y las causas por las que todavía se lucha.

Durante el gobierno del cuarto de los presidentes neoliberales, la insistencia en orientar la vida nacional hacia el Norte nunca antes fue más clara. Desde su campaña a la Presidencia de la República Vicente Fox lanzó el Plan Puebla-Panamá (PPP), con el cual pretendía incidir en el desarrollo del sureste mexicano y de paso integrar a los países centroamericanos a los intereses imperialistas norteamericanos.¹²

En este caso los hechos hablan por sí mismos. Al inicio del foxismo los zapatistas iniciaron *La marcha del color de la tierra*, para tratar de conseguir el reconocimiento de los pueblos indios de México, sin lograrlo. Al mismo tiempo se actualizaron todo género de tratados de cooperación conjunta con Estados Unidos, entre otros el Tratado Interamericano de Ayuda Recíproca (TIAR). Se consignaba la cooperación militar para transformarlo en la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte (ASPAN), creada en 2005 con dos agendas. Una encargada de promover el crecimiento económico nacional, la competitividad interregional, usando las ventajas comparativas ofrecidas por el sureste mexicano y Centroamérica. Otra para garantizar la seguridad regional siempre en función de los intereses norteamericanos.

Internamente y continuando con la aplicación de las políticas neoliberales, durante el mandato de Fox se amplió la cobertura de los contratos de servicios múltiples, con los cuales en los hechos se fomentaba la privatización de las dos empresas nacionales de energía importantes: Pemex y la Comisión Federal de Electricidad (CFE), codiciadas por los capitales transnacionales principalmente de origen norteamericano. Al tiempo que el PPP iniciaba sus actividades con una serie de proyectos, entre los cuales

Secretaría de Educación Pública, es posible localizarlas en su sitio en la web, lo que la hace digna de todo género de sospechas.

¹² Los intereses de la agenda norteamericana se expresaban y continúan haciéndolo en el terreno de la seguridad nacional. Los flujos migratorios, de estupefacientes y prostitución en dirección de ese país revelan una cualidad histórica inédita: *México se torna así en un país frontera.*

estaban: construcción de carreteras transnacionales, infraestructura portuaria y energética, el *desarrollo sustentable*, control de las migraciones y penetración de los territorios insurgentes. Los discursos fueron siempre actualizados con las benditas palabras de *desarrollo sustentable y calidad de vida*, en un contexto *democrático pleno de libertad*.

Otro de los frentes en los que el mandato de Fox remarcó sus filiaciones y dependencias fue el de las relaciones internacionales. La tradicional política no injerencista de la diplomacia mexicana se cambió por la abierta agresión a países vecinos con los que nos une una tradición de relaciones amistosas de siglos, como el caso de Cuba.

El Partido Acción Nacional (PAN) que abanderara a Fox en nada cambió las recetas neoliberales del foxismo, extendiéndolas para el siguiente periodo presidencial. El quinto de los presidentes neoliberales asumió el cargo en medio de unas elecciones de dudosa calidad y discutida legitimidad y en medio del descontento popular, por lo que Felipe Calderón fue ungido al poder antes que por los legisladores, por el Ejército Mexicano. Su gobierno es cada vez más pronorteamericano, decidido a gobernar con el sustento principal de las fuerzas armadas, bajo el argumento del combate al narcotráfico y al “crimen organizado”. Ha crecido tanto la injerencia de las fuerzas armadas en la vida nacional, que los soldados han extendido sus tradicionales funciones al sustituir —por ejemplo— a operadores aduanales¹³ e imponer toque de queda en zonas fronterizas. La agresión de los equipos militares transitando en barrios populares y zonas residenciales ha llegado a ser insultante. Los muertos relacionados con el narcotráfico se cuentan por miles y los encarcelados por los mismos motivos por decenas de miles.¹⁴

¹³ La noticia fue dada en todos los medios nacionales de comunicación, una de las fuentes puede corroborarse en la nota del diario *La Jornada* del 17 de agosto de 2009.

¹⁴ Lo que se vive en México es un auténtico clima de guerra, y las pasadas elecciones intermedias de julio de 2009 regresaron el predominio del PRI. El sonado fracaso del partido en el poder, el PAN, incluso condujo a la dimisión de su principal representante. Iniciadas las actividades del Legislativo, se le ha pedido la renuncia a Calderón, quien en respuesta presentó un programa de reconciliación nacional. Calderón es la imagen misma de un gobernante debilitado al extremo, acorralado por contradicciones agravadas por la crisis financiera internacional y unas prácticas burocráticas que tornan imposible las aplicaciones de políticas económicas de un signo completamente distinto al cartabón impuesto por el neoliberalismo.

Amplias zonas de la vida nacional acusan severos problemas. La impartición de justicia continúa siendo una demanda social muy fuerte, al tiempo que su sistema de operación es anquilosado, corrupto y burocrático.¹⁵ Una muestra más de los impulsos privatizadores es la intención de concesionar el sistema penitenciario nacional, cuyos funestos resultados en países como Colombia es un gris indicador del actual sentido de las políticas de gobierno. En el marco del ASPAN se firma la Iniciativa Mérida, que pretende ser una réplica del Plan Colombia. La relación con la Iglesia católica se ha ampliado con el PAN en el poder y las reformas tributaria y energética continúan en su hoja de ruta. Ahora con cámaras legislativas de mayoría priísta se esperan retrocesos mayores, al mismo tiempo que la mayoría de la población cifra esperanzas en una especie de vuelta al pasado, en el que el Estado se encargaba de todo lo que tuviera que ver con los servicios públicos, cuya actual privatización sume a un crecido número de mexicanos en la miseria.

Las relaciones e intercambios con el resto de los países de Nuestra América están bordados por los intereses norteamericanos y no por la libre determinación nacional de los mexicanos. La dependencia de los Estados Unidos es cada vez más amplia, abarca casi todos los sectores de la vida nacional. Las actividades económicas dependen principalmente de las decisiones tomadas en aquel país; la banca dominada por sus intereses, el espectro tecnológico y científico es igualmente dependiente de sus empresas; los medios, formas y estrategias de seguridad nacional dependen igualmente hasta de pertrechos norteamericanos. Incluso los hombres más ricos del país son principalmente compradores y revendedores de tecnologías que no producimos, aspecto que puede comprobarse fácilmente en el funcionamiento de empresas como Telmex, Cementos Mexicanos (Cemex), las televisoras Televisa y Tv Azteca, junto a otros entes de la industria cultural, como la dominancia de empresas editoriales trasnacionales que han desplazado a casas editoriales mexicanas.

¹⁵ “Casi la mitad de los internos presos actualmente en las cárceles de todo el país aún no son sentenciados. Se trata de poco más de 92 mil personas que están encerradas en los centros penitenciarios sin que las autoridades determinen aún si son culpables, o no, del delito del que les acusa.” Carlos Jiménez, *La Crónica de hoy*, 23 de septiembre del 2007, en www.cronica.com.mx.

Los resultados obtenidos por los gobiernos neoliberales durante las últimas décadas han sido desastrosos desde donde se les mire, a excepción hecha por supuesto de la perspectiva de los empresarios enriquecidos por la vía más rápida posible: la adquisición de las empresas nacionales de alta rentabilidad. La guerra sucia se ha apoderado de la formas de convivencia cotidiana en todas las regiones del país, a la vez que contradictoriamente se promueve el turismo internacional.¹⁶ La misma hoja de ruta empleada en Colombia y más recientemente en Honduras puede observarse en México. El neoliberalismo, como su hermano el liberalismo, han derramado muchísima sangre al imponer sus estilos de desarrollo excluyentes durante los últimos siglos. Evaluar sus resultados para compararlos con los costos es una tarea de primer orden en épocas de conmemoraciones de revoluciones centenarias, intención que tiene el somero registro de los anteriores logros, fracasos y limitantes de los regímenes presidenciales mexicanos de las últimas décadas.

Mas las valoraciones en curso de los centenarios de las revoluciones bregan con la confusión política y cultural. Oficialmente las celebraciones han llegado a niveles de paroxismo.¹⁷ La cantidad de eventos programados mezcla sangre y lodo, y funcionan todos esos actos como una densa nube de polvo gris y pegajoso, donde tienen cabida lo mismo procesiones que manifestaciones de rebeldía. El propósito central es claro: festejar todo y nada, promover la fuga de la realidad que vive el país a instancias de un gobierno empeñado en librar una guerra sin cuartel contra lo que considera el mal mayor: el narcotráfico. Y en el río revuelto, la violencia se entrona contra las resistencias sociales en cada rincón de la nación, gestando una espiral desconcertante de violencia y legalidad con injerencia extranjera a través del Plan Mérida.

Una expresión de tan extraño estado de cosas la realiza Marco Rascón parafraseando el primer verso del Himno Nacional Mexicano:

¹⁶ De diciembre de 2006 a agosto de 2009 se han contabilizado catorce mil muertes relacionadas con el narcotráfico y la extorsión. El 70% de los ejecutados han sido jóvenes entre 20 y 35 años de edad. *La Jornada*, 7 de septiembre de 2009. El mismo presidente de la república anunció que había cincuenta mil detenidos en cárceles por los mismos motivos. Son los saldos de una auténtica guerra sucia, eso sin contar los decesos relacionados con los movimientos sociales, que también son numerosos.

¹⁷ Paco Ignacio Taibo II, "Regresa, Hidalgo, se han vuelto locos", *La Jornada*, 6 de septiembre de 2009.

En este insólito grito de guerra, Felipe Calderón no parece ser el comandante del Ejército, sino del paramilitarismo que dice ganar frente al crimen organizado, que se mata solo. De Estados Unidos empiezan a fluir los fondos del Plan Mérida por encima de la sospecha de una violación masiva y profunda de los derechos humanos, acompañado del silencio de las comisiones legislativas que ni siquiera se asoman al tema, avalando en los hechos la versión de Felipe Calderón.

En verdad, éste es un extraño enemigo, que se mata solo y ha creado el monstruo del paramilitarismo que ya forma parte de una salida autoritaria al fracaso del cambio y la restauración del viejo régimen.¹⁸

Esta valoración forma parte de muchas que se han efectuado desde y contra las esferas del poder, desde la resistencia y los empeños de liberación nacional. Poder distinguir cuál de todas esas visiones se ajustan más a la realidad sociohistórica de los tiempos que corren, se ha vuelto todo un oficio especializado. La profesionalización historiográfica, sin embargo, ha sido incapaz de frenar todas aquellas miradas (digamos) no especializadas, pero conocedoras de la historia nacional, escrita con o sin mayúsculas. Es tal vez éste uno de los campos de la actividad social más promiscuos que curiosamente abrigan las más osadas interpretaciones. Una mirada *grosso modo* de las elaboraciones históricas e historiográficas nos deja ver lo extenso del campo por labrar.

LA MAREA HISTORIOGRÁFICA

Con motivo de la conmemoración de los dos centenarios puntales de la experiencia histórica mexicana, han aparecido obras abocadas a su análisis, lo que motiva nuestra reflexión sobre el sentido de dichas producciones.

Una de las más recientes es la revista denominada *20/10*, que en sus escasos números adelanta una relación que con frecuencia ha sido un caro anhelo para los intérpretes de la historia nacional. Sobre todo porque la historiografía dominante prefiere estudiar hitos y no procesos históricos. *20/10* simboliza el primero de los bicentenarios de nuestra independencia de España y el primer centenario de la Revolución mexicana. Nada más

¹⁸ Marco Rascón, "Mexicanos a un extraño grito de guerra", *La Jornada*, 8 de septiembre de 2009.

ni nada menos, un vínculo complicado por revelador para los representantes del pensamiento liberal primero y neoliberal después.

Mucho y poco parece sintetizar dicha obra con su numérico nombre. ¿Viveza de la inteligencia? Mucho más que eso, si la situamos frente a la enorme producción historiográfica nacional y los festejos en curso de ambos acontecimientos. Algunas obras canónicas pueden facilitar el hacernos una idea de la manera en que las generaciones y las clases sociales se han enlazado sin remedio. El *México a través de los siglos*, obra ordenada por Porfirio Díaz para conmemorar el primer centenario de la Independencia en 1910 y coordinada por Vicente Riva Palacio, sigue siendo obra de consulta obligada. Sin embargo, dicha obra refleja la manera en que los acontecimientos históricos fueron leídos, mirando la vida nacional y las de nuestros pueblos como un progreso que había llegado a su punto culminante. Justo cuando los porfiristas iniciaban los festejos del centenario de la Independencia, Díaz hubo de abandonar el país ante la inminente revuelta popular.¹⁹

Otra señera obra que es necesario tener presente es *Historia moderna de México*, dirigida por el intelectual liberal Daniel Cosío Villegas.²⁰ Obra posrevolucionaria que dio cita a una serie de intelectuales mexicanos y pie a la capacitación de la siguiente generación de historiadores que pudieron expresarse en la *Historia general de México*. Editada por el Colegio de México y coordinada inicialmente por el propio Cosío Villegas, *Historia general de México* reunió a una pléyade de intelectuales e historiadores entre los que se encuentran Josefina Zoraida Vázquez, Lorenzo Meyer, Carlos Monsiváis, Berta Ulloa, Enrique Florescano, Bernardo García Martínez,

¹⁹ Al respecto la historiografía ha destacado el hecho como si se tratara de algo inusual en la experiencia histórica de los pueblos. El texto siguiente revela la manera en que diversos gobernantes mexicanos usaban el acontecimiento. En 1961, por ejemplo, el presidente de la república Adolfo López Mateos afirmó: “El Centenario no pudo ser, como en 1910, la apoteosis triunfal de un régimen que pensaba tener el futuro en sus manos, así que fue concebido como una contra celebración cuyo discurso oficial subrayó sus caracteres ‘nacional’ y ‘popular’, en oposición al de las festividades de 1910, que se caracterizaron “por su tono aristocrático y su indiferencia a nuestras tradiciones, artes y costumbres”. LEMPÉRIERE, 1985, pp. 353-381.

²⁰ Daniel Cosío Villegas, durante su fecunda vida (1898-1975), fue testigo de diversos acontecimientos de la vida nacional en el Porfiriato y la Revolución, así como de los avatares del México contemporáneo. Artífice de una de las obras medulares para comprender la historia de México, también fue creador e impulsor de instituciones como El Colegio de México, editoriales como Fondo de Cultura Económica y revistas de larga trayectoria como *Trimestre Económico*.

Andrés Lira, Luis González y González, Alejandra Moreno Toscano, Luis Villoro, entre otros.

La danza de las generaciones iniciaba su innegable senda interpretativa y con ello las miradas nuestras se ampliaron explorando grandes acontecimientos, sujetos históricos, experiencias culturales, valoraciones historiográficas, regiones, expresiones artísticas, áreas urbanas y rurales, fábricas y medios de transporte, relaciones internacionales. Las valoraciones de nuestras experiencias adquirieron a partir de entonces diversos fundamentos epistemológicos, pero también desarrollos políticos y geopolíticos abocados tanto a la valoración de proyectos sociohistóricos puntuales como de construcciones de la modernidad capitalista liberal y neoliberal, así como de proyectos frustrados denominados *socialistas* al momento de impulsarlos durante el proyecto educativo del gobierno de Lázaro Cárdenas del Río, en pleno cenit del periodo posrevolucionario. Pero a pesar de la enorme producción historiográfica, siglos como el XIX y universos problemáticos específicos de la economía y la sociedad continúan en espera de ser interpretados.

Si bien han sido los intelectuales mexicanos²¹ quienes han arrojado luz sobre diversos acontecimientos de la vida republicana nacional, no faltaron nunca los aportes e interpretaciones de viajeros e intelectuales extranjeros. Entre éstos últimos encontramos lo mismo norteamericanos, ingleses, franceses y alemanes que españoles, italianos, rusos y latinoamericanos de todas latitudes. Ese filón enorme que ha dado para muchas y variadas interpretaciones se inició en el siglo XVI con Bernal Díaz del Castillo y continuó con el influjo perdurable del barón de Humboldt. Entre la mitad el siglo XIX y principios del XX, casi todos los trashumanes que se vincularon a los distintos proyectos políticos del México en construcción dejaron por escrito sus apreciaciones de la realidad nacional.

Así, esfuerzos editoriales de diversa catadura dejaron constancia de las preocupaciones historiográficas; en ellas destacan por ejemplo las revistas *Historia mexicana* de El Colegio de México e *Historias* del Instituto Nacional de Antropología e Historia, entre tantas obras publicadas después del

²¹ Un notable esfuerzo fue el realizado por Francisco Xavier Clavijero en el siglo XVIII, aunado a las obras de otros destacados pensadores novohispanos, muchos de ellos jesuitas o dominicos. Dos siglos después, dos intelectuales contemporáneos analizarían los procesos de descubrimiento y conquista: Edmundo O'Gorman con *La invención de América* y Miguel León Portilla con *La visión de los vencidos*.

auge de la historia regional iniciada por dos obras señeras: *Pueblo en vilo* de Luis González y González y *Zapata y la revolución* de John Womack Jr.,²² interpretaciones que analizan los efectos del conflicto revolucionario en dos formas y escalas distintas, pero que en general se ubicaban a contrapelo del contexto académico nacional de aquella época. En 1965 Pablo González Casanova publicó su imprescindible obra *La democracia en México*, en la cual hacía una valoración sociohistórica de la experiencia mexicana posrevolucionaria que unía historia, economía y democracia.

Estas obras estaban destinadas a estudiar fenómenos que se enlazaban estrechamente con el presente. En 1968 las movilizaciones y organizaciones estudiantiles alcanzaron uno de sus momentos culminantes, al lograr poner frente al espejo a la cúpula del poder de Estado, emanación directa de la Revolución mexicana. Era un *espejo enterrado*, como el descrito por Carlos Fuentes, en el que no deseaban verse los poderosos, pues revelaba la cara oculta de un régimen agotado en sí mismo. Los años sesenta marcan un momento histórico en el mundo pues es en esos años cuando algunos pueblos dejan la órbita liberal imperialista para iniciar su propio proceso revolucionario, como sucede en Cuba. El 68 abría su compás de espera a las grandes transformaciones y con ello las valoraciones de nuestras experiencias se tornaron urgentes.

Los historiadores continuaron ofreciendo sus miradas, entre ellos Adolfo Gilly en *La revolución intrerrumpida*, obra escrita al calor de los acontecimientos del 68 y publicada con un prólogo de Octavio Paz, al inicio de los años setenta. Esta obra, de gran importancia en la ponderación del conflicto armado, sería continuada por *El cardenismo: una utopía mexicana* del mismo Gilly y publicada por vez primera en 1994.

Todas estas miradas influidas por el 68 constituyeron un importante precedente de lo realizado en la década de 1970. Fue entonces que Daniel Cosío Villegas detonó las discusiones en torno a la importancia y alcances de la Revolución mexicana. Diversos intelectuales de izquierda

²² Quiero subrayar aquí la enorme importancia que tuvieron las obras de González y Womack: ambas abrieron el campo de la microhistoria y cuestionaron los alcances de la Revolución mexicana. Con base en ellas, las historias regionales se empeñaron en valorar los acontecimientos nacionales en diversas partes del país. La historia contada por González y González (escrita entre 1967-1968) relata la manera en que fue vista la Revolución mexicana en San José de Gracia, Michoacán, pueblo pequeño de su natal estado de Michoacán.

y derecha expresaron sus valoraciones en torno al *in articulo mortis* de la Revolución, lo cual dio lugar a identificar todos esos esfuerzos de interpretación con el revisionismo historiográfico mexicano. Estas discusiones fueron reunidas en la obra denominada *¿Ha muerto la Revolución mexicana?*, recopilada por Stanley Ross hacia 1979. El texto de Cosío Villegas titulado “La crisis de México” se publicó en *Excelsior*, uno de los diarios de mayor circulación nacional, y en *Cuadernos Americanos*²³ en 1945.

El trasiego generacional continuó agrupando proyectos de distinta índole. Obras como *México, un pueblo en la historia*, coordinada por Enrique Semo, alcanzaron a las nuevas generaciones y comprendieron interpretaciones de ambas revoluciones, la de 1810 y la 1910. Más reciente es la obra *Historia contemporánea de México*, edición a cargo de Lorenzo Meyer e Ilán Bizberg. Éstas historias especializadas pretenden cubrir vacíos historiográficos evaluando actividades económicas, formación del Estado nacional republicano, ideologías e imaginarios, regiones y presiones internacionales. En este último reglón, la obra de Lorenzo Meyer nos ha legado miradas necesarias que revelan cómo la presencia internacional gestó sus propios mecanismos modeladores de la nación mexicana.²⁴

²³ Revista fundada por Jesús Silva Herzog padre, quien por cierto realizó la ingente tarea de evaluar el rendimiento de las compañías petroleras durante el proceso de expropiación impulsado por Lázaro Cárdenas del Río en 1938. Asimismo aportó a la historiografía nacional su propia interpretación del magno evento de la Revolución mexicana.

²⁴ Estos últimos aportes no hubiesen sido posibles sin el importante antecedente de la obra coordinada por Ciro Cardoso, *México en el siglo XIX*, en la que confluyeron importantes miradas como se puede apreciar en los contenidos de la obra: “Características fundamentales del período 1821-1880” y “La formación del estado y las políticas económicas (1821-1880)”, por Carlos San Juan Victoria y Salvador Velázquez Ramírez; “Las estructuras agrarias”, por Marco Bellingeri e Isabel Gil Sánchez; “La minería (1821-1880)”, por María Cristina Urrutia de Stebelski y Guadalupe Nava Oteo; “Las industrias de transformación (1821-1880)”, por Ciro Cardoso; “Aspectos financieros y monetarios (1821-1880)”, por José Antonio Bátiz Vázquez; “La circulación, transporte y comercio”, por Inés Herrera Canales; “Estructura y movimientos sociales (1821-1880)”, por Francisco González Hermosillo Adams; “Características fundamentales del período 1880-1910” y “El estado y las políticas económicas en el porfiriato”, por Carlos San Juan Victoria y Salvador Velázquez Ramírez; “Las estructuras agrarias bajo el porfiriato”, por Marco Bellingeri e Isabel Gil Sánchez; “La minería bajo el porfiriato”, por Guadalupe Nava Oteo; “Las industrias de transformación (1880-1910)”, por Ciro Cardoso y Carmen Reyna; “Aspectos financieros y monetarios (1880-1910)”, por José Antonio Bátiz Vázquez y Enrique Canudas Sandoval; “La circulación (comercio y transporte en México entre los años 1880-1910)”, por Inés Herrera Canales; “Estructura y movimientos sociales”, por Francisco G. Hermosillo Adams; “Conclusiones”.

SIN LÍMITES

Al lado de los trabajos históricos e historiográficos que valoran la trascendencia de las gestas independentistas y revolucionarias, las expresiones artísticas nos legan sus propias interpretaciones al calor del periodo pos-revolucionario. Los literatos emblemáticos del género identificado como literatura de la Revolución mexicana ofrecieron aspectos inimaginados del proceso. Destacan entre ellos: Martín Luis Guzmán, con obras como *El águila y la serpiente*, *La sombra del caudillo* y *Memorias de Pancho Villa*; Mariano Azuela, poseedor de una extensa obra, que nos remite intermitentemente a *Los de abajo*, *Los caciques*, *Las moscas*, *Carranza*, etcétera; más tarde lo haría Juan Rulfo —cuya obra es una de las cumbres de las letras mexicanas— con *Llano en llamas* y *Pedro Páramo*. A ellos siguió una larga cauda de escritores, entre los que destaca Carlos Fuentes,²⁵ cuya obra *La muerte de Artemio Cruz* se considera la última producción de la novela de la Revolución.²⁶ Los empeños literarios han continuado hasta el presente, como lo revela la obra de Paco Ignacio Taibo II, *Pancho Villa*.²⁷

Por si todavía alguna duda quedase respecto a la continuidad de los procesos históricos de México referidos, reproducimos a continuación una parte de la entrevista realizada por Emmanuel Carballo a Martín Luis Guzmán,²⁸ quien viviera y participara en dos épocas históricas importantes: el Porfiriato y la Revolución, además de haber tratado personalmente al *Centauro del Norte*, Francisco Villa:

²⁵ La reflexión sobre los alcances y hondura del proceso revolucionario son una constante en su extensa producción narrativa y novelística. En ella destacan los títulos *La región más transparente*, *El espejo enterrado*, *El naranjo y los círculos del tiempo*, *Tiempo mexicano* e incluso *La frontera de cristal*.

²⁶ CASTRO LEAL, 1960.

²⁷ Dos publicaciones recientes se abren paso a medio camino entre el análisis historiográfico y las expresiones literarias. Ambas dedicadas a recrear los acontecimientos identificados por la historiografía nacional como la *Decena Trágica*. Revelan las intrigas e intereses que condujeron al golpe de Estado perpetrado por militares y fuerzas reaccionarias nacionales y extranjeras, en contra del presidente de México Francisco I. Madero. Una de Paco Ignacio Taibo II titulada *Temporada de zopilotes. Una historia narrativa de la Decena Trágica* y otra de José Manuel Villalpando, intitulada *La decena trágica. Cuando las balas y las traiciones acabaron con la democracia*. Ambas, sin duda, serán objeto de gran interés.

²⁸ CARBALLO, 1985, pp. 14-15. Guzmán y Azuela son considerados los mayores representantes de la literatura de la Revolución; ellos poseen, además de sus dotes literarias, el mérito de haber vivido de cerca el proceso revolucionario.

—*En un ensayo recogido en A orillas del Hudson, fechado en 1917, usted manifestaba que México aún no poseía una literatura propiamente nacional, es decir, “una corriente de pensamiento sobre la vida y la naturaleza con características internas y externas discernibles, una manera de interpretar emotivamente las cosas, conforme a una sensibilidad peculiar”. ¿Cree usted que después de más de cuarenta años poseemos ya una literatura con esas características?*

—Una literatura ya formada, con personalidad nacional, creo que sí existe. Es, como la pintura, producto de la Revolución. Esas características las advertimos en las obras que cuentan ese enorme drama que se inició en 1910. Hasta ese momento México no poseía una personalidad consciente de sí misma. La Revolución viene a completar el impulso iniciado en la Independencia y continuado espiritualmente con la Reforma. Después de la cosecha del Ateneo y de la literatura que produjo directamente la Revolución no ha surgido, en conjunto, un movimiento que signifique cualitativamente algo mayor.

Más allá de las expresiones literarias, otras artes han representado y elaborado los infinitos motivos artísticos que la Revolución mexicana configuró. La plástica es un campo amplio donde han destacado los muralistas como epítome de la pintura nacional, pero hay otras expresiones, quizá menos conocidas, pero no menos importantes. Por ejemplo, las imágenes captadas por los fotógrafos potenciaron hasta nuestros días los símbolos de la historia nacional, pero fueron y han sido los cineastas los que nos han devuelto otras miradas. Los emblemáticos archivos de Casasola, Manuel Ramos, Hugo Brehme, C. B. Waitie, etc., o películas como *Vámonos con Pancho Villa* de Fernando de Fuentes, *La sombra del caudillo* de Julio Bracho, *En este pueblo no hay ladrones* de Alberto Issac, o la serie de películas de Luis Buñuel entre las que se pueden enumerar: *Los olvidados*, *El ángel exterminador*, *Nazarín* y casi toda la obra de Emilio Fernández: todos ellos alimentaron el imaginario nacional hasta el punto de convertirlos en referentes y fuente de rebeldía internacional de magnitudes tales como las que todavía posee la Virgen de Guadalupe allende las fronteras. En este sentido baste tener presente la importancia de estos símbolos en las luchas más recientes de los migrantes y chicanos en Estados Unidos.

El muralismo es por excelencia el arte de la Revolución. Mirando retrospectivamente en dirección de las miradas revisionistas expresadas en la pintura mural de Diego Rivera, José Clemente Orozco y David

Alfaro Siqueiros, podemos encontrarnos con el intenso drama de las revoluciones de México al mostrar los estrechos vínculos de la Independencia con la Reforma y de la Revolución con el México contemporáneo. Sus expresiones han calado hondo en las conciencias populares, su importancia reside, desde luego, en la magnificencia de sus obras; su relevancia destaca en un medio en el cual la mayor parte de la población que ha tenido ocasión de admirarlas es con frecuencia analfabeta. La expresión iconográfica de gran formato que une en un mismo plano a Cortés, Morelos, Juárez, Díaz, Bolívar y José Martí, es un auténtico *summum* de la historia nacional, en la que la presencia de héroes y villanos nacionales y extranjeros se amalgaman en la vida republicana nacional. Transcribimos a continuación un trozo de la presentación de la obra de Diego Rivera, *Sueño de una tarde dominical en la Alameda central*, mural de 15 metros de largo por 4.5 de alto, al momento de su inauguración por Carlos Pellicer en 1947, que bien trasluce la raigambre popular que alimenta la obra de Rivera:

Aun podríamos andarnos por las ramas, no tenemos tiempo. Las manos del pintor, podridas en pinceles (usted puede estarlo en dinero), van a dirigirme, del principio al fin. ¿Qué no ha pasado, y quién no ha pasado por la Alameda? Tiene cuatro siglos de existencia y por entonces quedaba en una de las orillas de la ciudad de México. Pregúnteselo a Hernán Cortes que le chorreaban las manos. De tanto trabajar. ¿La inquisición? Sí, señor, se la guardamos; aquí está por lo que pueda suceder. Pero el Virrey es don Luis de Velasco. Sí señor, buen Virrey, pero Virrey. ¿Y la monja? Rosa divina que gentil en cultura. ¡Qué quiere usted! fue la monja Alférez de poesía: ¡Qué osadamente! Y no hay más tiempo que perder. Aquí tiene usted a Iturbide: el que no lo conozca que lo compre. No olvide usted ¡por su madre! Que él ratificó la concesión a los Estados Unidos para explorar el territorio de Texas. Agustín primero y último. Pues no se crea, pues aquí está el general Santa Anna ¡y qué rara! Esta cara a cualquier precio cara. Cuádrese: ¿no ve que vendimos la patria al sonoro rugir del cañón?, porque hay Santa Anna y Santa Anita. Échese por los canales y verá. Respire usted que aquí están los indios.

Poetas, escritores, estadistas. No le haga caso al Nigromante: la cosa es de otro modo. Y además Don Porfirio amoló a Don Benito con el orden dórico. ¡Qué no ha pasado por la Alameda! ¡Quién no ha pasado por la Alameda! Maximiliano y Carlota: fusílenlo y al manicomio. Y me descubro, porque, desde la puerta de la Sorpresa hasta la esquina del Jockey Club, no hay española, yanqui o francesa, ni más bonita ni más traviesa que la duquesa que ahora a veces adora al Duque Job. Mírenlo, allí

va, saludelo. ¡Qué buena suerte hemos tenido! Si, él es. Véalo usted bien. Es José Martí. En esta parte del mundo, y también en la otra, sólo Bolívar es superior a él.²⁹

Esta amalgama omnímoda, concentrada, perturbadora narración nacional por encabalgamiento de escenas y personajes en el decurso de cinco y más siglos, por cierto, ha sido difícil de tragar para el pensamiento liberal homogeneizante. Lo bueno, lo malo y lo feo, bellamente ilustrado por nuestros muralistas, ha desplegando una inusitada fuerza en donde lo indio, mestizo, criollo y extranjero tienen cabida sin distingos. Y sabiéndolo o no, los muralistas fueron creando o atrapando una personalidad innegablemente propia, que se desangra y lucha, que dormita a veces, que se retira y regresa en una especie de oleaje interminable, aunque después de tantas luchas, en tantos frentes y regiones, quienes encontraron acomodo fueron las fuerzas más conservadoras y reaccionarias del país y el extranjero. Los pendientes que nos heredaron las revoluciones son muchos. ¿Seremos capaces de resolverlos? ¿Cómo y cuándo?

COLOFÓN

Las luchas de la Independencia, la Reforma y la Revolución y el periodo posrevolucionario son parte del proceso nacional de desarrollo que ha sido desplegado para imponer el liberalismo capitalista primero y neoliberal después, cuyos artífices, además de ser amantes del progreso, del crecimiento económico sin más, desdibujan las potencialidades que ofrece la diversidad sociocultural y biótica de que dispone un país como el nuestro. Donde la historia nos sale al paso en cualquier esquina, en cada recoveco del camino, donde nos parece se muestra la necesidad de transgredir los preceptos creados por la modernidad capitalista que ha objetivado la explotación de la naturaleza y la sociedad.

Las estrategias gubernamentales construidas por el liberalismo y el neoliberalismo nacionales cuentan con elementos limitados: apertura y cerrazón, liberalidad, constricción y proteccionismo usados alternada o simultáneamente. Uso extenso de los recursos públicos, pero queja per-

²⁹ RIVERA, 1999, p. 306.

manente en el pago de contribuciones, impuestos, salarios u otros “gastos de operación”, que tiendan a reducir los grandes márgenes de ganancia. Y al lado de las apropiaciones privadas de bienes y recursos públicos, en lo político la democracia se muestra como una frontera cada vez más lejana, con simulacros de sistemas de gobierno, de los que forman parte los medios de comunicación en tiempo real y de gran formato.

Al final de estas reflexiones nos preguntamos cuáles son los legados de las revoluciones en México. A lo cual respondemos sin lugar a dudas: abrir espacios al capital. Igualmente debemos preguntarnos acerca de los beneficios y perjuicios que ello conlleva: ¿a quién beneficia dicha apertura y a cuántos perjudica?, ¿por qué si tenemos una población laboriosa, recursos naturales importantes, amplios litorales, no logramos alcanzar niveles básicos de satisfacción de necesidades elementales de alimentación, vivienda, salud y educación para las mayorías de mexicanos que laboran mucho más de diez horas diarias?, ¿por qué no logramos desarrollar un proyecto político que pugne por la libre determinación soberana?

Preguntas similares han sido formuladas por una cauda de pensadores, artistas, activistas, líderes de toda laya: quién más quién menos ha dejado constancia de la trama de las generaciones y de las exclusiones sostenidas por los regímenes posrevolucionarios, incapaces de reconocer el mundo indígena y sus peculiaridades históricas. Y destacamos a éste enorme grupo social, porque no obstante su importancia numérica y de ser la base cultural de la vida mexicana, ha tendido a dejarse al margen de proyecciones y problematizaciones. Como dice Héctor Díaz-Polanco:

El dominio liberal a lo largo de los dos últimos siglos, lejos de resolver el problema de la diversidad cultural, lo hizo más intrincado y agudo. Fundándose en principios racionalistas y en la preeminencia de la “autonomía personal”, los primeros liberales recusaron los valores de la tradición en los que se sustentaban los sistemas culturales y sostuvieron la primacía absoluta del individuo frente a la comunidad. De ahí la hostilidad del liberalismo ante cualquier derecho enarbolado en nombre de la costumbre y la cultura. Los derechos fundamentales sólo podían tener una fuente: la autonomía personal, la individualidad. Es hasta el siglo XX que el liberalismo acepta reconocer un derecho colectivo: el derecho de los pueblos a la libre determinación, en la versión wilsoniana, asociado a la facultad de constituir Estado-naciones. Después de la Segunda Guerra Mundial, como es sabido, este derecho fue la base

para el logro de la independencia por parte de los países colonizados, especialmente en África, Asia y Latinoamérica.³⁰

Los movimientos sociales y las luchas largamente sostenidas por los pueblos parecen inagotables ante la ignominia, injusticia, despojo y exclusión. En las últimas décadas de la historia mexicana el Movimiento Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) se ha constituido en la construcción de otra posibilidad de organización social de acuerdo a los usos y costumbres de los pueblos primigenios. Igualmente lo son las luchas contra el despojo y explotación en San Salvador Atenco, en Oaxaca y entre los mineros de Pasta de Conchos, Coahuila; en ninguno de estos casos emblemáticos del crítico momento actual se reclama el regreso al pasado bucólico premoderno, sino se discute la modernidad misma. En palabras del subcomandante insurgente Marcos del EZLN, se trata de *meterle la pata al tren de la modernidad capitalista*, socialmente injusta y excluyente.

En las reflexiones actuales sobre la naturaleza, alcances y límites de los procesos revolucionarios mexicanos se juntan diversas interpretaciones, desde el cuestionamiento mismo a su raigambre moderna o capitalista. Jan De Vos,³¹ por ejemplo, califica como *roce de utopías en contienda* a la situación vivida por las comunidades zapatistas, la que nos parece aplicable al resto de la nación. El roce de las utopías liberales capitalistas organiza y trabaja sus espacios de dominación con las características heredadas por modelos de desarrollo al parecer agotados. En tanto que desde abajo se intenta con otras posibilidades de organización locales en medio de la violencia gestada por las guerras neoliberales, son los tejidos sociales familiares en decadencia los que sostienen los niveles de productividad del país y en especial el trabajo femenino dentro y fuera de los hogares.

Sin abandonar la lógica de la modernización capitalista, la trillada senda liberal en cualesquiera de sus versiones no se justifica. El liberalismo y neoliberalismo han significado inmensos sacrificios de la pobla-

³⁰ DÍAZ-POLANCO, 1998.

³¹ VOS, 2002. En esta misma dirección se recomienda ver la obra de Antonio García de León publicada por Era sobre la causa zapatista.

ción durante más de doscientos años. Los costos de realizarlo han sido demasiado altos desde donde se les calcule, lo cual revela su inoperancia incluso dentro de la lógica capitalista de máximos beneficios. Socialmente se ha creado un sistema excluyente y racista por antonomasia, y los beneficios de la modernidad —que excluye por cierto a la mayor parte de la población, pues el nivel de pobreza rebasa a la mitad de los mexicanos— han sido magros. No disponemos de un sistema de salud eficiente, ni educativo, ni de seguridad social, ¿es acaso eso debido al sistema organizacional de estados federados concentrado en la figura presidencial? No sólo ése es el lastre que debemos de tirar. Deberíamos deshacernos de un sistema de privilegios fraguado y justificado por el sistema de gobierno imperante.

Cada proyecto, cada política estatal debiera orientarse a transgredir la modernidad, ese lugar creado por el capitalismo utópico para conciliar las diferencias existentes con un sistema de explotación perverso y sin solución en sí mismo, pero que se mantiene bajo el argumento de que “todo sistema es perfectible”. No podemos permitirlo, las revoluciones han significado la defensa de la Patria, del Estado nacional republicano, pero también las posibilidades de autodeterminación. Y eso es un caro tesoro en momentos en que el discurso neoliberal ha tendido a desaparecer al Estado y a los nacionalismos argumentando su ficticia y dañina construcción, pero sus promotores son cada vez más intervencionistas usando los aparatos de gobierno en su provecho.

El país de donde han salido muchas de esas consignas antinacionalistas, Estados Unidos, es un buen ejemplo de tales asertos, al ser cada vez más injerencista en asuntos internos y externos. Sus consignas se parecen a las de libre cambio promovidas por el Reino Unido durante el afianzamiento de su poderío en el siglo XIX. Libre cambio fuera de sus fronteras y proteccionismo dentro. Ese juego también se nos orilló a jugar, como lo hiciéramos con las *ventajas comparativas*, con su bien conocida y ampliamente practicada consigna: *produzcan materias primas y nosotros les vendemos productos manufacturados*. Cada cambio en las reglas del juego lo hemos pagado caro los países tercermundistas de Nuestra América. Continuamos asistiendo a los mismos lugares pulverizados, desvalidos, autodemeritados, expuestos al mejor postor.

Las revoluciones son en mucho una de las lecciones históricas más grandes, cuyo decurso no podemos repetir bajo los mismos preceptos. Los pueblos que habitamos al sur del río Bravo continuamos teniendo como caro anhelo la búsqueda de la autodeterminación. Nuestras geografías físicas, culturales, políticas, reales e imaginarias deben ser recorridas una y otra vez hasta interiorizarlas generacionalmente en toda su extensión y diversidad, para lograr desarrollar nuestra conciencia, misma que prefigure, modele y guíe los futuros procesos revolucionarios.

BIBLIOGRAFÍA

- CARBALLO, Emmanuel
1985 "Martín Luís Guzmán: Escritos de dos épocas", *Deslinde*, núm. 165, UNAM, México.
- CARDOSO, Ciro (coord.)
1980 *México en el siglo XIX*, Nueva Imagen, México.
- CASTRO LEAL, Antonio
1960 *La novela de la Revolución Mexicana*, Aguilar, España.
- DÍAZ-POLANCO, Héctor
1998 *Autodeterminación, autonomía y liberalismo*, ALAI, América Latina en Movimiento, 1998-02-01 (véase: http://www.latautonomy.org/SA_DiazPolanco_Art1.pdf).
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis
1999 *Pueblo en vilo*, FCE, México.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo
1965 *La democracia en México*, Era, México.
- GILLY, Adolfo
1971 *La revolución interrumpida*, El Caballito, México.
1994 *El Cardenismo, una utopía mexicana*, Cal y Arena, México.
- LEMPÉRIERE, Annick
1985 "Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural", *Historia mexicana*, octubre-diciembre, vol. XLV, núm. 2, pp. 353-381.
- RIVERA, Diego
1999 *Arte y revolución*, Conaculta/Instituto Nacional de Bellas Artes, México.
- ROSS, Stanley *et al.*
1979 *¿Ha muerto la revolución mexicana?*, Premià, México.

TAIBO II, Paco Ignacio

2009 *Temporada de zopilotes. Una historia narrativa de la Decena Trágica*, Planeta, México.

VILLALPANDO, José Manuel

2009 *La Decena Trágica. Cuando las balas y las traiciones acabaron con la democracia*, Diana, México.

VOS, Jan de

2002 *Una tierra para sembrar sueños. Historia reciente de la selva Lacandona, 1950-2000*, FCE, México.

WOMACK, John

1969 *Zapata y la Revolución mexicana*, Siglo XXI, México.